

Mujer aymara: luchas y conquistas

*Angelina D. Ventura Bautista*²

La presente reseña se elaboró a partir del registro sonoro digitalizado del encuentro “Mujer aymara: luchas y conquistas”, disponible en el Archivo Oral sobre Movimiento Sociales del Museo Nacional de Etnografía y Folklore (MUSEF). El material tiene una duración de aproximadamente una hora, y constituye una fuente primaria que captura testimonios y reflexiones generadas durante el evento reseñado.

“Mujer aymara: luchas y conquistas” fue un encuentro de discusión que reunió a destacadas lideresas indígenas campesinas. Se realizó el 2 de junio de 1990 en el departamento de La Paz, Bolivia, en un contexto de creciente reconocimiento de los derechos de las mujeres indígenas y de sus contribuciones al tejido social y político de sus comunidades. Es relevante destacar que este periodo estuvo marcado por importantes transformaciones sociales y políticas en el país, así como por cuestionamientos al modelo neoliberal instaurado a mediados de los años ochenta. La crisis económica, el aumento del desempleo y la privatización de recursos estratégicos, como el agua, la electricidad y los hidrocarburos, fueron generando un creciente malestar social. Este descontento no solo reflejaba el empobrecimiento de

2 Egresada de la carrera de Sociología de la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA). Actualmente cursa la maestría Sociedad, Historia y Cultura en el CIDES-UMSA. Tiene experiencia en investigación social, sistematización de datos y trabajo de campo en contextos urbanos y digitales. angi_denise123@hotmail.com

amplios sectores populares, sino también una sensación de despojo y pérdida de soberanía sobre los bienes comunes.

En este escenario de creciente tensión política y social, los movimientos indígenas, campesinos y obreros cobraron fuerza, pero también emergieron con mayor visibilidad los movimientos de mujeres, que comenzaron a organizarse justamente desde la década de 1990. Colectivos como la Federación Nacional de Mujeres Campesinas “Bartolina Sisa” o las redes urbanas feministas articularon sus demandas no solo en torno a la lucha económica, sino también contra el racismo, el patriarcado y la exclusión política. Las mujeres indígenas y campesinas, históricamente relegadas a roles secundarios dentro de sus propias organizaciones y comunidades, comenzaron a disputar espacios de liderazgo. No solo se enfrentaban a las estructuras neoliberales y estatales, sino también a las dinámicas machistas dentro de los mismos movimientos sociales. La lucha por el reconocimiento de sus voces generaba tensiones internas, pero también fortalecía la legitimidad de sus demandas, visibilizando las múltiples opresiones que vivían.

En el evento reseñado participaron como invitados varias organizaciones y colectivos que luchaban y continúan luchando por los derechos de las mujeres; es el caso del Centro de Promoción de la Mujer Gregoria Apaza.

La grabación comienza con la presentación del evento, organizado por el Centro de Desarrollo Integral de la Mujer Aymara (CDIMA)³. A continuación se presenta a las tres panelistas invitadas, y se les indica que cada una cuenta con 15 minutos para su exposición individual. Aunque en un principio las panelistas iban a ser tres, Lucila Mejía de Morales, Clara Flores y Sabina Choqueticlla, finalmente solo participaron las dos primeras. Sus exposiciones incluyen relatos personales, análisis colectivos y aportes que enriquecen la comprensión del tema abordado. El evento concluye con una sesión de cierre que abre espacio a intervenciones del público.

3 Una organización sin fines de lucro identificada con los intereses y valores de la nación aymara y de los pueblos originarios del *qullasuyu*, sucesora del Centro de Discusión Ideológica de la Mujer Aymara (López, 2007).

Lucila Mejía de Morales, ejecutiva nacional de la Federación Nacional de Mujeres Campesinas de Bolivia “Bartolina Sisa” por casi diez años, es una líder y activista indígena aymara boliviana que ha trabajado incansablemente por la promoción de los derechos de las mujeres indígenas y por la igualdad de género en Bolivia. Se involucró en esta lucha desde joven, trabajando en organizaciones comunitarias y locales y, más adelante, en una labor conjunta con el CDIMA y otras organizaciones de mujeres indígenas en Bolivia. En el evento comparte su amplia experiencia y su trayectoria en el ámbito de los movimientos sociales, el activismo por los derechos de las mujeres, la equidad de género y su constante lucha política y social. También destaca los hitos más significativos de su carrera, subrayando los desafíos enfrentados y las lecciones aprendidas a lo largo de los años.

Su presentación se centra en la constante organización y lucha de las mujeres indígenas campesinas en contextos políticos, aportando una interesante perspectiva profundamente personal. Inicia su relato explicando cómo empezó su activismo a nivel local, ayudando a otras mujeres a leer y escribir en la comunidad donde residía. Estos primeros pasos marcan el inicio de su compromiso con la transformación social y, posteriormente, la encaminan hacia la organización sindical. En encuentros con otras mujeres que compartían inquietudes similares, comienza a participar activamente en la articulación de demandas colectivas.

Asimismo, destaca la importancia del contexto político por el cual atravesaba Bolivia en los años setenta y ochenta, un período de intensos cambios sociales y políticos, marcado por dictaduras militares, luchas por la democracia y un fuerte movimiento de reivindicación de derechos. Esta situación, según relata, fue determinante para que el activismo de las mujeres campesinas se reconociera como una fuerza clave en la transformación política y social del país, articulándose a la lucha de los hombres y generando un movimiento que desafiaba las estructuras tradicionales de poder. No obstante, hace énfasis en que, en un escenario de represión y censura, las mujeres campesinas no solo fueron relegadas por el poder político y las estructuras patriarcales, sino también marginadas dentro de los propios movimientos sociales en un contexto donde la política era dominada por los hombres.

Por su parte, Clara Flores, pedagoga y psicóloga de profesión, es una líder y activista boliviana que ha dedicado su vida a la lucha por los derechos de las mujeres indígenas y por la igualdad de género en el país. Ha participado en numerosos eventos y foros internacionales sobre derechos de las mujeres y pueblos indígenas. Como segunda panelista, comienza trayendo a colación el testimonio de Fermina, una mujer que, en palabras de Clara, es portadora de todas las ideas y filosofías. Resalta la riqueza de las experiencias vividas por las mujeres campesinas, quienes, a pesar de su marginación en los círculos políticos oficiales, han sido agentes fundamentales de resistencia y de transformación dentro de sus comunidades. Pero, al mismo tiempo, se enfrentan a limitaciones impuestas por una estructura que históricamente ha invisibilizado sus voces y relegado su rol al ámbito doméstico y rural.

Clara hace una fuerte crítica a la estructura patriarcal y colonial, perpetuada por normas sociales y políticas que han reducido las oportunidades de participación política plena para las mujeres campesinas, limitando o imposibilitando su acceso a espacios de toma de decisiones a nivel local, regional y nacional. No obstante, resalta constantemente la capacidad de organización, solidaridad y liderazgo de las mujeres indígenas dentro de sus propios contextos, que ha sido clave para la movilización social y la construcción de alternativas frente a los desafíos que estas enfrentan.

Luego de haberme sumergido en el recorrido por las diferentes ideas y exposiciones compartidas por las panelistas, son tres los aspectos que quiero destacar. En primer lugar, cómo el colonialismo se articula con dinámicas patriarcales para consolidar un sistema en el cual las voces de varios actores, y particularmente las de las mujeres —y con mayor énfasis las de aquellas mujeres de origen indígena campesino—, fueron sistemáticamente silenciadas o invisibilizadas, tanto en el ámbito público como en el privado.

Una afirmación interesante de Clara Flores al respecto es que: “Todo avance colonial trae consigo una cultura de avasallamiento que justifica su ideología. Por eso la historia del colonialista es la historia de la intolerancia, el odio y la culpa” (Flores, 07 min 16 s). Esta afirmación permite iluminar cómo las narrativas coloniales no solo despojaron a las mujeres indígenas campesinas de su agencia, sino que también buscaron justificar estas dinámicas de dominación a través de un discurso que naturalizaba la opresión.

Aquí se muestra la dualidad que existe entre una opresión estructural y la agencia de las mujeres indígenas, quienes, a pesar de ser históricamente marginadas, han desarrollado estrategias de resistencia y transformación, buscando siempre la manera de generar cambio.

En este sentido, es fundamental reconocer que estas mujeres, que han sido víctimas de un sistema diseñado para invisibilizarlas mediante la exclusión, también han logrado surgir como protagonistas clave en un proceso de resistencia activa, desafiando las estructuras que buscan silenciarlas. Sus luchas evidencian que, aunque el colonialismo y el patriarcado han intentado anular sus capacidades transformadoras, no han logrado apagar su potencial para redefinir las estructuras sociales. Este hecho se respalda con la siguiente afirmación de Lucila Mejía de Morales: “Los hombres renegaban de la situación de las mujeres: ‘Para qué se van a organizar las mujeres si ya hay organización de hombres’” (Mejía de Morales, 17 min 56 s). Esta afirmación no solo subraya la importancia de rescatar sus historias, sino también de visibilizar las formas en que han logrado desafiar y reconfigurar un sistema que parecía inmutable.

Por tanto, este primer aspecto nos invita a repensar las narrativas históricas predominantes y a reconocer la complejidad y la particularidad de las resistencias, entendiendo que estas no se limitan a la oposición directa, sino que también incluyen procesos cotidianos de reconstrucción cultural, social y política. Sin embargo, no hay que restar importancia a la intersección entre género, raza, clase y territorio que se entrecruzan en las experiencias de las mujeres indígenas campesinas; si bien podemos encontrar una gran producción académica feminista al respecto, hace falta analizar esta problemática desde nuestro contexto. Por ejemplo, su ubicación en comunidades rurales profundiza su marginación, al limitar su acceso a recursos básicos, como educación y salud.

Al mismo tiempo, su rol como mujeres en estas comunidades las enfrenta a expectativas del cuidado y del trabajo no remunerado, lo que refuerza su subordinación. De modo que son muchas las esferas de la vida de la mujer aymara que se ven afectadas, y una aproximación interseccional permite captar la complejidad de estas dinámicas y reconocer que la opresión no opera de manera aislada, sino en múltiples niveles.

Un segundo aspecto que emana de las intervenciones es entender la lucha de las mujeres no desde una experiencia personal, sino desde una problemática que se enraíza profundamente en una dimensión colectiva. Es importante entender que las redes de apoyo entre mujeres emergen como espacios esenciales para compartir experiencias, fortalecer su resistencia frente a diversas formas de violencia y mantener el impulso hacia la concreción de sus proyectos políticos y sociales. Son redes que no solo ofrecen soporte emocional y estratégico, sino que también constituyen un acto político en sí mismas, al desafiar la atomización impuesta por las estructuras de poder que buscan silenciarlas.

Uno de los espacios que generó participación femenina, pero que también dio paso al surgimiento de grandes lideresas, es el de los congresos y las asambleas comunitarias, a los cuales Lucila Mejía de Morales hace una constante referencia en su exposición. En dichos espacios se comenzó a desafiar los estereotipos de género y las estructuras patriarcales, pero también a cuestionar el sistema político. Estos espacios permitieron a las mujeres ubicarse en puestos de toma de decisiones obtenidos a través de su lucha. Sin embargo, también se pone en evidencia cómo este proceso implicó tensiones, particularmente por la resistencia de sectores que perpetúan roles de género estrictos.

Las organizaciones femeninas desafían la atomización impuesta por las dinámicas de poder, reivindicando la importancia de lo comunitario como una forma de acción política que trasciende lo individual y/o lo ajeno, y donde la organización local se vuelve una herramienta importante. “Luchar con identidad. La mujer criolla y europea no puede imponer su esquema de lucha. La lucha de las mujeres es la lucha de los pueblos originarios” (Flores, 15 min 25 s).

Es importante subrayar que la organización y la lucha de las mujeres indígenas no debe aislarse de las otras luchas. Flores reconoce que los hombres tienen un papel importante dentro de esta lucha. No se trata de una confrontación entre mujeres y hombres, sino de una batalla conjunta contra las estructuras patriarcales, racistas y excluyentes que han perpetuado desigualdades históricas.

Esta perspectiva invita a una reflexión más amplia sobre cómo estas estructuras han moldeado tanto las experiencias de las mujeres como las de los hombres, condicionando sus roles y posibilidades de acción. Al hacerlo, se abre un espacio para explorar cómo las jerarquías de género no solo limitan la autonomía y la libertad de acción de las mujeres, sino que también configuran las experiencias masculinas, a menudo restringiendo su capacidad para expresar vulnerabilidad o desafiar ciertos estereotipos. Este cuestionamiento no solo visibiliza las dinámicas de poder y opresión, sino que también propone nuevas formas de entender y reconstruir los roles de género, promoviendo una transformación hacia relaciones más equitativas y fluidas que es interesante analizar en nuestra sociedad contemporánea.

Al mismo tiempo, esto nos lleva a pensar que la lucha de las mujeres indígenas no se desarrolla en aislamiento; por el contrario, encuentra resonancia y conexiones con movimientos feministas y sociales a nivel global. Estas redes globales permiten el intercambio de experiencias, estrategias y narrativas, consolidando alianzas transnacionales que fortalecen las luchas locales. Por ejemplo, los encuentros internacionales de mujeres indígenas han sido espacios cruciales para visibilizar sus demandas y construir solidaridad más allá de las fronteras, logrando influir en foros globales, como las Naciones Unidas, y en su Declaración sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas.

Sin embargo, estas interacciones también plantean tensiones. Muchas veces los enfoques de los feminismos globales no reflejan las realidades específicas de las mujeres indígenas, quienes enfrentan no solo el patriarcado, sino también el colonialismo, el racismo y el despojo territorial. En este sentido, las mujeres indígenas han desafiado la universalización de las luchas feministas, insistiendo en que sus estrategias y prioridades deben surgir de sus contextos culturales y políticos particulares. En este sentido, la transformación requiere no solo de la agencia de las mujeres, sino de una reconfiguración de las relaciones sociales en su totalidad, involucrando a hombres y mujeres como aliados en la construcción de un mundo más equitativo.

Por último, pero no menos importante, es crucial considerar cómo las luchas de las mujeres no solo se sitúan en el ámbito social y político, sino que

también abren caminos para repensar nuestra relación con la naturaleza y la vida misma. Estas luchas trascienden las demandas inmediatas de equidad y justicia, proponiendo una reflexión más profunda sobre las formas en que las estructuras de poder han fragmentado la conexión entre los seres humanos y su entorno natural. En este sentido, la reivindicación de los derechos de las mujeres se entrelaza con una crítica a las lógicas extractivistas y dominantes, que no solo explotan a las personas, sino también a la tierra.

“La mujer y el hombre somos naturaleza y la naturaleza es mujer y hombre. La tierra es mujer y vida” (Flores, 16 min 39 s). Esta afirmación abre un espacio de reflexión profunda sobre la interrelación entre género, naturaleza y vida, que refleja una visión del mundo en la que las categorías de género no son simplemente construcciones sociales y culturales, sino que están intrínsecamente vinculadas con la naturaleza misma. Al afirmar que “la mujer y el hombre somos naturaleza”, se establece una conexión esencial entre los seres humanos y el entorno natural, sugiriendo que el equilibrio y la armonía de la vida dependen de esta relación.

En esta línea, el concepto de la tierra como mujer y vida va más allá de una simple metáfora; es una concepción de la naturaleza como un ser vivo, femenino y generador. La tierra se comprende no solo como un recurso a explotar, sino como una entidad que da y sostiene la vida, representada en términos de feminidad. Esta imagen está profundamente enraizada en muchas cosmovisiones indígenas y feministas, que reconocen a la tierra no solo como un espacio para cultivar, sino como un sujeto con una agencia propia que, tal como las mujeres, ha sido históricamente explotado y desvalorizado en sociedades patriarcales. La asociación entre la tierra y la mujer sugiere que la naturaleza y las mujeres comparten una historia de resistencia y sufrimiento, pero también de regeneración y creación, desafiando las dinámicas de opresión y explotación que las han marcado.

Desde una perspectiva crítica, la afirmación de Flores también invita a repensar las estructuras de poder que históricamente han subyugado tanto a las mujeres como a la naturaleza. Las relaciones de dominación sobre la tierra y las mujeres se han forjado en el marco de una lógica patriarcal que entiende el control y la explotación como métodos legítimos de apropiación. Este patrón no solo ha afectado la autonomía de las mujeres, sino también

el bienestar del planeta, ya que las prácticas destructivas hacia la naturaleza reflejan una visión de los cuerpos y los territorios como recursos a ser dominados. Por lo tanto, la reivindicación de la tierra como mujer y vida es también una llamada a transformar esas estructuras de poder, proponiendo un modelo alternativo que valore y respete tanto a las mujeres como a la naturaleza en sus propios términos.

En definitiva, tras escuchar cuidadosamente el archivo seleccionado para esta reseña y destacar algunos de sus aspectos más significativos en lo personal, es posible afirmar que estamos ante una obra clave que abre horizontes para abordar temas y reflexiones de gran alcance. El encuentro revela que las mujeres indígenas campesinas no solo han resistido históricamente las dinámicas coloniales y patriarcales que buscaban silenciarlas, sino que también han transformado dichas estructuras a través de su agencia colectiva. Su lucha, lejos de ser una resistencia pasiva, se expresa en la construcción de redes comunitarias, en la participación en espacios de decisión y en la reivindicación de una identidad que desafía tanto la dominación de género como el despojo cultural y territorial.

Comprender sus estrategias desde una perspectiva interseccional —que articule género, clase, raza y territorio— es imprescindible para captar la complejidad de sus experiencias. Además, reconocer que estas luchas no solo buscan la equidad social, sino también una relación más armoniosa con la naturaleza, invita a repensar las estructuras de poder desde sus raíces más profundas. Solo así podremos avanzar hacia una comprensión más integral y crítica de las resistencias que, aún hoy, continúan transformando las realidades sociales.

A través del diálogo y de la reflexión que se manifiestan en el encuentro, se destaca la riqueza de las experiencias políticas y de las trayectorias de lucha que han marcado la participación activa de las mujeres en procesos de transformación social, destacando su papel como agentes de cambio en sus comunidades. Es necesario mencionar que la constante lucha de las mujeres resalta por su importancia e incidencia en la transformación de estructuras sociales históricamente desiguales; no obstante, en este evento se destaca que la lucha de la mujer indígena campesina también ha sido importante, llegando a definir cambios significativos. Sin embargo, sus contribuciones

han sido históricamente invisibilizadas y poco tomadas en cuenta, debido a las tensiones internas dentro de los movimientos sociales.

Bibliografía

López, Mariana (2007). “Informe sobre Iniciativas de conectividad existentes de grupos de mujeres indígenas, Bolivia”. Proyecto Participación de la mujer indígena: formación de capacidad para adopción de decisiones mediante tecnologías de la información y de las comunicaciones en América Latina, Secretaría del Foro Permanente para las cuestiones indígenas de las Naciones Unidas.